

¿IBEROAMERICA O LATINOAMERICA?

Por Jaime Sánchez Farrut,

DEL VIEJO VIZCAYA:

“Pa’ llevar a buen destino
lo que nos han regalao,
no hay que confiar demasiao
en la fuerza de las leyes,
sino en que todos los bueyes
tiren pa’ un mismo lao”.

Martín Fierro.

SUMARIO. Etimologías: Iberoamérica y Latinoamérica. ¿La América Latina es verdaderamente latina? Hispanidad y Arabidad. Enajenación del nombre de América. El destino mestizo de Iberoamérica.

ETIMOLOGIAS

IBERIA

A partir del siglo V A. C. es posible obtener una idea de lo que las fuentes escritas reflejan acerca de la península, por cuanto el nombre IBEROS e IBERIA aparecen por primera vez. La raíz de IBERIA y los nombres étnicos de “IBER” e “IBERS” figuran en textos griegos, aunque aparecen con H antes del siglo VI. El Padre MARIANA, eminencia del humanismo de su tiempo, decía al respecto: “IBERICO o BALEARICO se distinguen por el río Ebro, aledaño de un mar y del otro...”. Y añade: “Los Iberos que moraban en el Ponto Euxino, entre Colcos (Cólquide) y las Armenias, cercados de los montes Cáucos, vinieron en gran número en España, siendo, por tanto, el padre del iberismo caucásico del tronco jafético, situándolos entre el Ararat y el Cáucaso —tierra de la actual Georgia soviética— viniendo por el Danubio y el Drave a Italia y España”. Pero esta hipótesis sólo podría aplicarse a los braquicéfalos de tipo armenoide o posiblemente céltico, pero incompatible sería con los Ibéricos en su sentido antropológico.

Según una vieja tradición, los Iberos son los descendientes de Tubal, hijo de Jafet, que al extenderse por el mundo mediterráneo alcanzaron las remotas tierras de Iberia, en los confines del mundo antiguo, allá donde comenzaban las aguas inacabables del Mare Tenebrosus. Los historiadores modernos no le encuentran el menor fundamento a esta tradición, naturalmente. También se dice que fue uno de los antiguos nombres de España, que se aplicó también en toda la parte occidental y meridional de Europa, o sea a los países en que se estableció la raza iberia. Los habitantes llamados Sapiros por Heródoto, no fueron conocidos con el nombre de Iberos hasta el siglo I o II A. C.; eran de raza indoeuropea y, como los Medos, adoraban el sol y reverenciaban una imagen del dios medo-persa Ormuz, sometidos a los persas y a los macedonios, hicieron independientes en los tiempos de los sucesores de Alejandro Magno. Se aliaron a Mitrídates contra los romanos y su país se vio invadido por Pompeyo en el año 65 A. C. En la época de Augusto habían alcanzado cierto grado de cultura, pues si bien algunos escritores aseguran que habitaban en los bosques, otros como Estrabón, hablan de ciudades bien construídas con grandes plazas y numerosos edificios públicos. Ambas opiniones pueden ser ciertas pues parte de los Iberos vivían en las montañas y sus costumbres se asemejaban a las de los Escitas-Sármatas, y otros dedicados a la agricultura habíanse establecido en el llano y en los valles. Se convirtieron los Iberos al cristianismo en tiempos del Emperador Constantino desde el siglo IV.

Negación de Iberoamérica. He leído en algún libro una anécdota de los tiempos de plenitud expansiva del Imperio inglés, exactamente en la época victoriana, respecto a un país de Iberoamérica. Se refiere, aunque no me consta plenamente la autenticidad del hecho, que en ocasión de que un representante diplomático inglés en Bolivia se había enemistado con el dictador del país, Mariano Melgarejo (de origen colombiano, por cierto), éste, hombre que no se andaba con finuras protocolarias, hizo atar al enviado de su Graciosa Majestad en un burro y lo exhibió de esta guisa, no excesivamente elegante, por las calles principales de La Paz.

Cuando la reina de Inglaterra, nada menos que la reina Victoria, conoció el afrentoso incidente, preguntó sobre la situación de Bolivia, cuya colocación en el mapa americano desconocía. Comprobó así que no era muy posible someter a este país a una represalia completa, a cargo de la entonces todopoderosa Armada Británica. La reina Victoria encontró, no obstante, otra forma de venganza. Tomó un lápiz y tachó con la cruz al país entero. La cabeza reinante del impensado imperio cruzó con sus trazos definitivos la silueta del lejano y desconocido país y expresó: Bolivia ha dejado de existir.

He traído a colación esta anécdota de hace un siglo, porque la encuentro en alguna medida simbólica. Encuentro que, cuando se abre para el mundo iberoamericano el siglo presente, cuando comienzan a correr los 900 en que vivimos, la realidad de este mundo de lenguas

ibéricas de América se encuentra en una condición tal que, en cualquier momento, los grandes poderosos de la tierra podían decretar, con un simple trazo de lápiz, la desaparición total del inmenso continente iberoamericano.

Cuando se inicia el siglo XX, digámoslo con toda sinceridad, Iberoamérica no existía.

Se trata de que no existía verdaderamente como algo colectivamente diferenciado con personalidad propia suficiente. Existiendo en las más íntimas realidades de su pueblo personalidad y potencialidad asombrosas, para al exterior no existían ni potencia ni personalidad. Iberoamérica no aparecía como una zona humana, histórica, diferenciada. Iberoamérica era, ante el mundo, algo perfectamente discutible, perfectamente asimilable por otras zonas humanas. Cabía la posibilidad de que, en un plazo más o menos corto, Iberoamérica fuera devorada, asimilada, por un mundo cultural, económico y político distinto.

Recordemos, como un solo dato, que hace innecesario cualquier otro, la afirmación de un presidente norteamericano, William Taft (1909-1913), en 1912: "No está lejos el día en que tres banderas estrelladas señalarán, en tres puntos equidistantes, la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro de hecho, como ya lo es moralmente en virtud de nuestra superioridad de raza".

Aún hoy día —aunque en este medio siglo la personalidad de Iberoamérica ha quedado definitivamente afirmada— nos encontramos con el hecho doloroso de que es una de las tres grandes zonas subdesarrolladas de la tierra.

¿Pero no era, cualquiera de los virreinos iberoamericanos, a finales del siglo XVIII, más rico, más avanzado, que el pobre conjunto de las trece colonias inglesas que formarían los Estados Unidos de América? Efectivamente, los virreinos eran más poderosos, más cultos, más ricos, más avanzados, más prósperos —sin ser, desde luego, en el aspecto económico ninguna maravilla— que las posesiones británicas. Para muchos criollos, incluso era evidente que el porvenir del mundo iba a pasar de manos de la vieja Europa a manos de la nueva Hispanoamérica.

Al cabo de un siglo y medio el traspaso de la dirección de Occidente se ha hecho a los Estados Unidos de América y no a los países del Sur. Al cabo de siglo y medio, la potencialidad económica de los Estados Unidos de América representa una producción fabulosa, del 50 por 100 del total mundial, y los países iberoamericanos son un conjunto disperso de Estados subdesarrollados, semicoloniales, con el hambre y la insuficiencia alimenticia haciendo presa en dos tercios de la población.

El cambio de planos históricos es un hecho dramático, cuya brutalidad aplastante no puede ocultarse. Forzoso es convenir que, si

bien es cierto que hay una serie de razones parciales para explicar la diferencia entre un proceso norteamericano y un proceso nuestro —desde la diferente infraestructura del país hasta la diferente idiosincrasia de los habitantes—, tiene que haber algo más profundo, algo más definitivo, que nos dé la explicación última.

Es forzoso convenir en que alguna especie de cáncer nos ha ido comiendo las entrañas, matándonos toda posibilidad de desarrollo.

TEORIA ARABE DE LA HISPANIDAD

Habid Estéfano había sido el primer presidente de la Academia de Damasco, que en 1920 se fundó con el propósito de que fuese academia central y mayor centro cultural inter-racial de los pueblos de ese idioma, después de haberse instalado en la milenaria ciudad capital de Siria, la cabeza de un estado panarabista que aspiraba a ser punto de referencia para todos los territorios arábigo-asiáticos que durante la primera guerra mundial se emanciparon del imperio otomano de Estambul. Pero los acuerdos secretos contraídos por los gobiernos de las grandes potencias aliadas que habían vencido a Alemania, Austria-Hungría y Turquía, seguidos de las decisiones de la Conferencia de Versalles en 1919 y la Conferencia de San Remo en 1920, deshicieron ese ensueño de Damasco, cuyos dirigentes tuvieron que emigrar. Estéfano, que fue a parar a "La Perla de las Antillas" al mismo tiempo que aprendía rápidamente la lengua española (en la cual llegó a ser uno de los más excelsos oradores), recogía la sensación de que lo que él llamó "mundo abierto" del espíritu iberoamericano, en contraposición al "mundo cerrado" de los gobernantes que habían decidido en Versalles y San Remo. Después buscó cuál era el punto general de origen y relación entre los estilos de las distintas naciones y de ese "mundo abierto", y lo encontró en España, articulando así la teoría de la vinculación de los emigrados, el enlace de las generaciones y la nueva tierra y el valor del fondo español.

Sobre lo primero y lo segundo, su más divulgada definición del conjunto de Estéfano fue la que en 1925 hizo en Madrid durante sus conferencias en la Unión Iberoamericana y en la Universidad, diciendo: "Yo tengo un millón de compatriotas que viven en la América Hispana, desde Méjico hasta la Argentina. Ellos se han identificado completamente con los Hispanos de América, y ya pertenecen a aquella América Hispana, son sus hijos, y su porvenir depende del porvenir de aquellas tierras. Yo tengo, por decirlo así, dos patrias: una, el árabe Líbano donde nací; otra, la América Hispana, donde viven y trabajan mis compatriotas. Entonces el problema de América es un problema mío también, porque es problema de mi sangre, el problema de mi pueblo, el problema de nuestras generaciones en todo el continente hispano. Es absurdo creer que la raza hispana está basada en la unidad del idioma. En la formación de la raza intervienen lo divino y lo humano por aquella forma del pensamiento y de los afec-

tos que hace que dos almas se encuentren como hermanas porque cada una reconoce en la formación de la otra como una reproducción de la forma que es la propia de ella misma. Si se transmite la sangre, el alma de la estirpe se transmite también, y en ese sentido existe la raza hispana, que abarca a todas aquellas partes de América con Portugal y España y nosotros los árabes”.

Respecto al valor del fondo español, Habid Estéfano, que fue nombrado por el general Primo de Rivera (entonces jefe del gobierno en España) representante efectivo y de honor de la que fue bella y simbólica Exposición Hispanoamericana de Sevilla, ya había previamente sentido y manifestado la sugestión de que la parte de la Península Ibérica llamada Andalucía en su estricto sentido físico (es decir, junto con las ocho provincias llamadas hoy andaluzas, la región de Murcia y zonas de Extremadura o la Mancha, que forman cuerpo con ellas en el uso del mismo modo de hablar) sigue constituyendo el fundamento esencial más viviente y palpitante de todos los entrecruces entre los países árabes y los países hispanos, tanto por la mayor densidad allí de antecedentes históricos como por la especial preferente vinculación de los estilos con el andaluz y por la supervivencia del carácter físico en los parecidos humanos andaluces.

Sobre los antecedentes históricos, Estéfano repetía insistentemente la opinión de que era casual, pero también eminentemente simbólico y acaso un poco como providencial, el que en Sevilla el Archivo de Indias, en el cual se custodia la mayor parte de la documentación americana fundamental, esté a la sombra de la sevillana arábiga torre de la Giralda. Sobre la vinculación de estilos criollos y andaluces, Estéfano se interesaba especialmente por la identidad del acento andaluz-murciano-extremeño con los hispanoamericanos, componiendo entre todos el más nurmoso núcleo de pronunciación de la lengua española, o sea el “seseante” estilo dental y suave. Y en el carácter físico, Estéfano, al andar por Granada, Málaga y Córdoba, ponía en amistosa broma nombres de “cónsul de Damasco”, “cónsul de Beyruth” o “cónsul de Le Meca” a gentes andaluzas que él veía y creía conocer ya por parecerse a amigos y familiares residentes en las ciudades del Levante arábigo o “Machriq”.

Las tres facetas del fundamento andaluz respecto a lo americano, que Estéfano sólo tuvo tiempo de observar de paso en algunas manifestaciones externas y callejeras, se apoyan en un fondo más denso, cuyo mayor valor no consiste en la impresión de vista, por seductora que ésta resulte, sino en lo continuo e insistente de la superposición de factores de entrelazamiento, sobre los cuales debe insistirse porque son los que han pasado a constituir el repertorio que más corrientemente sirve ahora como argumentación esencial.

En los antecedentes históricos se atiende principalmente a la constante del factor marítimo en el sector comprendido entre Huelva y el Estrecho de Gibraltar, incluyendo a Cádiz, y por el Guadalquivir arriba, a Sevilla, la antigua Hispalis, con su posterior anejo Itá-

lica, formando una especie de gran triángulo en cuyo lado más externo estuvo incluida Tarchich o Tartessos, “la más antigua ciudad civilizada de Occidente”, donde los mitos helénicos situaban al dios “Océano” y donde ya muchos siglos antes de la Era Cristiana se organizaron sistemáticamente tanto los descubrimientos litorales como las expediciones pesqueras y comerciales, con puntos de apoyo que al sur se extendían hasta costas guineanas y al Norte hacia las Islas Británicas. Desde la primera época andaluza occidental, que tuvo un origen sobre todo pesquero, sistemático e industrializado, después de ser iniciado por los primeros hispanos locales (fuesen ibéricos o tartesios) la prolongaron los libeneses fenicios utilizando a Cádiz como nueva cabecera, pero con los mismos equipos locales de siempre, y así siguió siendo, incluso dentro del Imperio Romano. Después de los rumbos, más mediterráneos, que impuso el comienzo de la Edad Media, la época de los descubrimientos de Canarias, Azores, etc., renovó el viejo triángulo de las bocas del Guadalquivir y el Guadiana (incluso para los descubrimientos portugueses, pues éstos salieron del Algarbe, que es Guadiana de la otra orilla), los mismos sitios con las mismas gentes locales que habían actuado en Tartessos y en la Cádiz hispano-fenicia, reprodujeron desde 1492 su actuación en América, sin más factor nuevo que el residuo de lo arábigo-musulmán que en Huelva había dejado el edificio de su “rabat” o Rábida.

En la mayor vinculación de lo criollo y de lo andaluz y sus prolongaciones en Extremadura y el resto del Sur peninsular se fundamenta lo metódico del recuerdo de que tras la primera expedición descubridora, salida de Huelva, y de la segunda, salida de Cádiz en 1493, todas las expediciones que siguieron durante las primeras decenas de años pudieron llamarse sevillanas, puesto que, aún utilizando elementos de Cáceres, Badajoz, Canarias, Cádiz, etc., tuvieron a Sevilla como centro de organización y dirección. Aunque estas expediciones, que llevaron los primeros colonos de establecimiento fijo, así como los primeros animales para la reproducción y vegetales para nuevas plantaciones, no hicieron ninguna fundación memorable, como que las conquistas sólo se realizaron posteriormente por hombres ya formados en América o nacidos en ella puede decirse que en los comienzos lo no andaluz como base era americano. Así no hubo interposición de factores del todo ajenos al Sur, lo cual se reforzó en las apariencias externas por la espontánea facilidad y profusión con que en todas las tierras de los Virreinos de Ultramar arraigó no sólo la pompa del barroco andaluz sino incluso elementos netamente musulmanes, como las muestras características de estilo mudéjar en edificios mejicanos del siglo XVII, con técnica que parece de influencia de obreros que conocían los motivos de ese estilo y que acaso fuesen moriscos (en Colombia tenemos bellísimas muestras de mudéjar como el templo de San Francisco de Cali en su torre). Y en lo del idioma y acento, por el recuerdo de que, habiendo sido la provincia de Sevilla, en tiempos de los Reyes Católicos, la cuna de Elio Antonio de Nebrija, del cual se ha dicho académicamente que fue

“fundador de la lengua española” por haber hecho la primera gramática, que le permitió llegar a ser lengua con caracteres de mundial, lo sevillano no resultaba entonces provinciano, sino central y cabecera.

Por último, respecto al carácter físico de los parecidos humanos, además de ser esencial en lo peninsular, o al menos en las regiones del Sur, el Levante y todo el centro de Castilla y Aragón, una mayor proporción de gentes que entre los diversos elementos étnicos de las muchas razas que por la Península pasaron entonces conservan predominio de la raza ibérica o bereber (el origen sahariano de los Iberos y no el origen caucásico entonces) por lo cual son prolongaciones humanas de Marruecos y de Argelia donde también lo bereber predomina, los cruces con los países próximo-orientales en que se habla árabe no han sido nunca tan intensos, pero, en cambio, han tenido lugar y tienen lugar siempre que las circunstancias ponen en contacto a próximo-orientales con españoles del Sur-centro-Este o con hispano-americanos. Así, por ejemplo, en Jordania, cerca de Jerusalén, hay dos aldeas donde el más numeroso núcleo de los vecinos está compuesto de hombres árabes casados con mujeres de Canarias, de Argentina, Chile, Perú, y algunos hombres de allá casados con mujeres palestinas. En Beirut, capital del Líbano, con varias las malagueñas y valencianas que forman parte de familias locales. Y, dejando el Mághrib para referirse al Mághrib, no puede dejar de citarse el caso de que, mientras en ciudades de Andalucía, como Sevilla y Granada, muchas familias destacadas llevan apellidos netamente arábigo-orientales, como BENJUMEA, JALDON, BENALUA o MUTAGUAQUIL, en cambio, las clases más cultas y elevadas de ciudades marroquíes llevan otros hispano-latinos, como CASTILLO, ARAGON, TORRES, MOLINA, PINZON, CARRASCO, etc.

Así, pues, si en todas ocasiones resulta imposible trazar fronteras entre lo árabe y lo hispano, pues sangres semejantes corren con frecuencia por venas de unos y de otros, es natural que se piense en identificar los dos mundos. Iniciador de la concepción y exaltación de la Hispanidad, idea que él lanzó por primera vez al mundo, fue el mismo Angel Ganivet, que, enorgulleciéndose de ver en los árabes sus paisanos, esforzándose por salvar el estilo arábigo urbano de su “Granada la Bella” y pidiendo, por boca de su personaje Pío Cid, la llegada desde África de una especie de irrupción árabe purificadora, resultó también precursor de una reivindicación arábigo-española. (Siendo, por cierto, simbólico que eso lo hiciese desde Granada, donde Cristóbal Colón firmó sus capitulaciones descubridoras, rodeado de ambiente puramente arábigo). Siguió el simbolismo cuando los libaneses de Beirut se pusieron a recordar que el nombre “Hispania” lo crearon ellos en tiempos de Fenicia, y otra etapa lógica resultó la creación de la Fiesta de la Raza en 1917 por el Presidente argentino Irigoyen, siguiendo una idea sirio-libanesa de Lenandro N. Alem.

No pudo resultar extraño luego que, en 1925, Habid Estéfano fuese quien emplease por primera vez la palabra “Hispanidad”, que es fiel adaptación de la árabe “Arabidad” o “Urubah”. Y, por último, a fin de 1948, en el Congreso Internacional de la UNESCO, en Beirut, los delegados árabes pidieron que el idioma español fuese declarado lengua indispensable de cooperación internacional intelectual. Y pocos días después, en la O.N.U., las naciones de la Liga Árabe votaron a favor de que el español fuese lengua oficial en las Naciones Unidas, con el francés y el inglés.

AMERICA LATINA. Etimología. En 1507, el 25 de abril, salió de las prensas de San Diego de los Vosgos la primera parte de la reimpresión de la “Cosmographiae Introductio”, es decir el Prefacio de la Geografía de Ptolomeo. El pequeño volumen contenía una exposición del fin proyectado, a tiempo que daba parte del descubrimiento de Américo Vespuci. Además proponía llamar **América**, con el nombre del descubridor geográfico, al nuevo Continente. En últimas, Amerigo es la forma italianizante de un nombre ostrogodo Amalric o sea Amaury en francés. En cuanto a la “latinidad” de la parte de América así llamada por los europeos y saxoamericanos podríamos decir que ella es en la medida en que es hija de la latinidad europea, en gracia de discusión. Porque como dice CABALLERO CALDERON: “¿Acaso tenemos un nombre? América es para el mundo entero los Estados Unidos. Ellos han conquistado en ciento cincuenta años el nombre que no fuimos capaces de merecer cuando dejaron de llamarnos las Indias, cuando venían a pescarnos porque éramos todavía comestibles. Hoy yacemos todavía en el pudridero de los países subdesarrollados, en el limbo de los países que esperan la redención y la resurrección económica. Si a nosotros nos quitaron la tierra y el nombre, decía; si políticamente nos decapitaron; si desaparecieran de golpe todos los supuestos materiales y jurídicos que sirven de fundamento a este conjunto de países, ¿qué restaría de nosotros? ¿Subsistiríamos por el espíritu, como el pueblo elegido? ¿Resistiríamos cuatrocientos años de cautiverio en Egipto, y cuarenta de peregrinación por el desierto, y un baño de desmoralización en Babilonia? ¿Podríamos aguantar sin doblar la cerviz, semejante diáspora en el espacio y en el tiempo? Nuestra lengua común, nuestra religión cristiana, el recuerdo y la emoción de nuestra gesta heroica, nuestra fe en ciertos principios jurídicos y morales, nuestra esperanza en la eficacia de ciertas fórmulas de convivencia social: ¿serían todos esos valores espirituales que hoy nos unen y nos justifican, lo suficientemente fuertes como para distinguirnos de los demás pueblos de la tierra, aun en los momentos de mayor confusión y desgracia? ¿LA AMERICA LATINA ES VERDADERAMENTE LATINA?”

Pero en el supuesto de que pudiésemos responder afirmativamente las preguntas anteriores: ¿LA AMERICA LATINA ES VERDADERAMENTE “LATINA”? La pregunta puede parecer paradójica, no obstante merece plantearse la cuestión. Esencialmente la América latina es hija de España y Portugal. Dieciocho repúblicas latinoamericanas

hablan español. Sólo Brasil habla portugués, pero es la tercera parte de la América Latina. El francés es la lengua oficial de la pequeña república de Haití. Hay que reconocer que España, con todo lo que comporta de riquezas y de limitaciones, según las apreciaciones de cada uno, ha modelado profundamente esta parte del nuevo mundo por el esfuerzo de sus conquistadores y le ha dado su lengua y religión. Guste o no, la América Latina tiene un rostro español o portugués. Eso no quiere decir que Francia no haya desempeñado ningún papel en este proceso de "latinización". El papel de Francia, casi nulo en tiempos de la dominación española, se hizo importante en momentos de las guerras de independencia, a principios del siglo XIX. Fueron los principios de la revolución francesa los que ayudaron, según los franceses, a los pueblos de América del Sur a tomar conciencia de su personalidad. Los grandes autores del siglo XVIII francés, los que preparaban la revolución de 1789, fueron según el abate MALLEY, los que enseñaron a pensar a los que liberarían un día a la América Latina. Esta influencia francesa se ejerció a todo lo largo del siglo XIX (si se piensa en el papel de Augusto COMTE en el Brasil), y se ejerce aún hoy día. Las élites intelectuales de las repúblicas suramericanas se enorgullecen de hablar un excelente francés; los libros franceses son leídos abundantemente en ediciones originales o en traducciones, y esto es cierto tanto para las obras teológicas o filosóficas como para las novelas o piezas de teatro.

La influencia italiana parece por el contrario menos real, a pesar de una emigración importante venida de la península: lo que proviene sin duda del hecho de que esta inmigración ha estado constituida por gentes menudas, sin gran cultura, que se han asimilado muy fácilmente, aunque a veces se encuentren barrios de grandes ciudades (es el caso de Boca, en Buenos Aires) típicamente italianos.

Influencia anglo-sajona. La latinidad de la América Latina no es pues absolutamente indiscutible, pero se han afirmado otras influencias distintas a las latinas, influencias especialmente anglo-sajonas: se trató especialmente de la influencia inglesa en los países del Plata. La influencia alemana es notable en el sur del Brasil y en Chile. En fin, no se puede negar que los Estados Unidos de América ejerzan hoy día sobre las repúblicas latinoamericanas lo que los economistas llaman "efectos de dominación". En el plano de la vida cotidiana, eso se traduce por una "deslatinización" progresiva de las formas de vida y, por lo menos en las grandes ciudades, por la adopción del "American way of life".

Indios y Mestizos.

Pero hay mucho más que eso. En ciertas repúblicas, como el Uruguay y la Argentina, la población criolla, es decir blanca descendiente de españoles, italianos, de franceses a veces, representa respectivamente 95% de la población total para el primer país, y 90% para el segundo. Pero ahí hay una excepción. Esta proporción desciende rápidamente

en los otros países, y, en Perú, en Méjico, en Guatemala, en Ecuador, la población indígena, prácticamente india, representaría respectivamente 50%, 30%, 53%, 39%, de la población total. Bolivia también tendría 50% de indios. Pero sobre todo hay que entenderse casi por todas partes con una población ampliamente mestizada de indios, negros, españoles, portugueses, franceses, alemanes, sirios y libaneses. Esta mezcla de razas y de sangres, sin ninguna huella de racismo en la mayor parte, constituye uno de los grandes encantos de la América Latina que además cuenta con un apreciable caudal de sangre judía, sobre todo en las clases dirigentes de algunos países. Pero henos aquí ya muy lejos de la latinidad. Limitándose a la América del Sur, el profesor DESFFONTAINES escribía recientemente que había una América India del Oeste, una América Blanca del Sur. Pero lo que es cierto es que "el Continente se blanquea progresivamente", según las palabras de DESFFONTAINES, y prácticamente la marcha y manejo de los asuntos está en las manos de los blancos. Así ya podemos ver en qué sentido es posible hablar de "latinidad" en la América del Sur, para nuestro caso.

(Fin de la primera parte)

